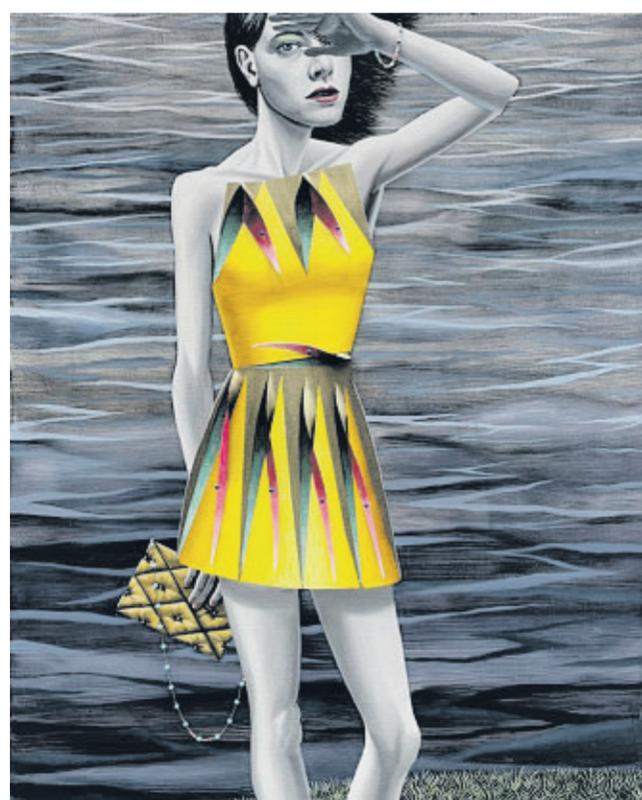


Gino Rubert
Cariátide
Galería Senda
Barcelona
www.galeriasenda.com
Hasta el 9 de noviembre

A la izquierda, 'At the pool'. 2024. Bajo estas líneas, 'There aint no sunshine', 2024



A la izquierda, 'Into the river', 2024



Cariátides Gino Rubert cambia sus grandes cuadros sobre el mundo del arte y sus gentes para centrarse en figuras femeninas inspiradas en la antigua Grecia

La soledad de las mujeres sosteniendo el mundo

SÓNIA HERNÁNDEZ

Después de estar expuesto a la presión de cientos de rostros representativos del mundo del arte catalán que, en palabras del artista Gino Rubert (Ciudad de México, 1969), “te miran fijamente, te observan con miradas inexpresivas”, le sobrevino la necesidad de cambiar las reglas, los objetos y los sujetos del juego. Ha dejado de lado las fotografías con las innumerables caras que reprodujo en los polípticos y cuadros de grandes dimensiones que pudieron verse, entre otros espacios, en el MNAC y en la muestra monográfica que le dedicó el centro Tecla Sala en l’Hospitalet en el 2023, comisariada por Gisela Chillida, para dedicarse a hacer lo que él considera “autorretratos” o “retratos de soledad”. Pero siempre con caras femeninas –que mayoritariamente son pintadas, excepto alguna extraída de una postal encontrada en un mercado de calle– y cuerpos estilizados e idealizados, aunque magullados en ocasiones o irreversiblemente abocados al incidente o el accidente. Hay muy pocos hombres: uno de ellos es un Dalí actualizado que pinta a la mujer parcialmente oculta que, a su vez, está pintándole a él.

Es un conjunto formado por mujeres

“que aceptan su destino y el castigo divino”, según comenta Rubert. Tal vez de ahí provenga la melancolía de algunos rictus, el hermetismo de algunas miradas o la inexpresividad de sus labios. Los accesorios que lucen o sostienen inquietan porque pueden embellecer y zaherir a la vez. Siguen ejerciendo una difusa función de exvotos, tan atractivos para el artista, porque en ellos se intuye lo que queda de promesas y renunciadas cuando se intentan dejar atrás indeterminadas sombras traumáticas. No faltan la ironía ni las contradicciones. Aunque asegura que “el humor ha perdido presencia” en estas producciones recientes.

Con todos estos elementos, Rubert ha ido construyendo serie tras serie, también en sus ilustraciones, sus libros, e incluso en la obra de teatro que estrenó en el Romea en el 2023, un ecosistema visual tan reconocible que funciona a modo de marca que se reivindica como trampantojo. Su obra forma parte de colecciones como las del Macba, el MNAC, el Walker Art Center de Minneapolis, el Akiyoshidai International Art Village de Yamaguchi o el Künstlerhaus Bethanien de Berlín.

Después de intentar buscar respuestas a preguntas que se repiten tal vez porque nunca llegan a contestarse del todo, el artista acaba afirmando que “lo que me interesa es hacer imágenes bonitas, que las ponga en una pared y me encanten, y que, en la medida de lo posible, no me expliquen grandes cosas”. Pero son muchos los mensajes que deposita en los cuadros mediante sus “juegos”: añadiendo alfileres de costura que fijan pliegues que proporcionan volumen casi escultórico, o puntillas y cintas con las iniciales del artista y su pareja, Estela Martí –a quien conoció aprendiendo costura y homenajea en varias obras–, rasgando las capas de pintura, girando los lienzos, pintando en el reverso de la tela o añadiendo sensores de luz para que los cuadros se iluminen con la presencia de un posible observador.

Y son las propias figuras las que reivindican su condición de cariátide y las que ordenan el discurso para dotar de sentido al conjunto: “Me di cuenta de que estas pinturas eran cariátides, mujeres enmarcadas por la cabeza y por los pies, aceptando su destino, el castigo divino y el peso del mundo”, comenta. Recupera el recuerdo de las cariátides griegas, las mujeres columna del templo de Erecteion en la acrópolis de Atenas. Cuenta Vitruvio que las cariátides fueron castigadas por hacer un ejercicio de amor desafortunado: dejaron entrar a los persas en la ciudad de Carie para evitar un derramamiento de sangre y la muerte de sus esposos. El abuelo paterno de Rubert –“que había vivido junto a las ruinas de Empúries toda la vida”– obligaba a visitar la acrópolis a toda la familia, contagiada por su fascinación helénica.

Otro de los secretos que esconden o cargan las mujeres columna del artista mexicanocatalán es el duelo. Estrechamente relacionada con las mujeres columna está la pequeña escultura de una Venus griega que desde hace unos meses Gino Rubert tiene en su estudio. La había visto durante toda su vida en el de su padre, el filósofo Xavier Rubert de Ventós, y lo ha heredado tras su muerte, en enero del 2023, después de un largo y agotador proceso de pérdida que supuso su dolencia: “Es muy extraño, porque lo vas perdiendo día a día, fueron ocho años de enfermedad en los que era muy duro para todos ver la degradación”.

La apreciada Venus del destacado pensador está presente, pues, en los autorretratos de soledad que el artista ha realizado para aceptar la propia condición y los propios límites. Preguntado por las influencias o estímulos que alimentan su obra, Rubert responde que lo que lo nutre y lo hace crecer es el ejercicio de “aceptar la edad que tienes y quien eres poco a poco, aceptar las limitaciones y los errores”, y asumir que “hagas lo que hagas, siempre acabas siendo tú, el mismo”. /

/ Relacionada con las mujeres columna está la pequeña escultura de una Venus griega que Rubert tiene en su estudio